

PRIMER CERTAMEN NACIONAL DE RELATO CORTO

CON NOMBRE DE MUJER

NUEVA CARTEYA 2009

Edita:

Concejalía de Políticas Sociales e Igualdad
Ayuntamiento de Nueva Carteya

Diseño de la portada: Tomás Oteros

Imprime:

Gráficas El Tejar
C./ Antonio Merino, 28
14857 Nueva Carteya (Córdoba)

PRIMER CERTAMEN NACIONAL DE RELATO CORTO

CON NOMBRE DE MUJER

Presentación

Sin duda alguna, es motivo de gran satisfacción para mí presentar este Libro de Relatos, que se edita por primera vez en nuestro municipio y que es claro reflejo de nuestra apuesta firme y decidida por una convivencia entre mujeres y hombres en plena igualdad de oportunidades, de derechos y obligaciones.

Todas las Instituciones y, sobre todo, los Ayuntamientos, al ser la administración más cercana a los ciudadanos y ciudadanas, jugamos un papel fundamental en la eliminación de los viejos y retrógrados cánones que aún hoy siguen relegando a la mujer a una situación de inferioridad respecto al hombre, y ello sólo se consigue entendiendo LA IGUALDAD DE GÉNERO como uno de los ejes centrales sobre los que ha de girar la política municipal en todos y cada uno de sus aspectos (económico, laboral, social, cultural...).

Para este gobierno municipal es prioritario contribuir a inculcar en la ciudadanía el principio básico de que todos somos iguales y que no tiene ningún sentido marcar diferencias entre personas por razón de sexo puesto que, si bien es verdad que se ha avanzado mucho en la búsqueda incansable de un trato digno e igualitario, aún siguen vigentes ciertas actitudes añejas que impiden a la mujer desarrollarse plenamente en igualdad de condiciones respecto al hombre y con total libertad.

Ante esta realidad, desde la Concejalía de Políticas Sociales e Igualdad del Ayuntamiento de Nueva Carteya estamos llevando

a cabo una serie de proyectos, actividades, concursos y talleres que favorecen la participación e implican activamente a todos los sectores de la sociedad, niños, jóvenes y adultos, con dos objetivos principalmente:

En primer lugar, coeducar, dado que entendemos que toda política de igualdad eficaz ha de basarse en actuaciones que se dirijan a los más jóvenes, de modo que ellos sean el hilo conductor para lograr transformar los estereotipos masculinos y femeninos que han estado vigentes a lo largo de los años y que hoy han quedado totalmente obsoletos.

Y, en segundo lugar, sensibilizar y concienciar al conjunto de la sociedad de la necesidad de erradicar toda expresión de violencia de género como manifestación más atroz de la situación de desigualdad que se sigue viviendo en numerosos hogares. Los Ayuntamientos debemos ser garantes de los principios de solidaridad y equilibrio social necesarios para la prevención y eliminación de la violencia hacia las mujeres.

De esta forma, con la mirada puesta en este reto difícil pero muy ilusionante que es la eliminación de toda discriminación por razón de sexo, se gestó el I Certamen Nacional de Relato Corto «Con nombre de Mujer» que, a su vez, pretende ser una vía para potenciar e impulsar la cultura local y nacional incentivando de esta forma la participación y la creatividad literaria a través de una ventana que nos permite observar y entender la realidad en que vivimos.

Sin duda, cada uno de los relatos recogidos en este libro nos invita a una inexcusable reflexión y nos obliga a seguir intentando acortar distancias en este largo y dificultoso camino hacia la igualdad.

Quiero terminar felicitando a los ganadores de este I Certamen Nacional de Relato Corto, a D. José Alfonso Martínez González, a Dña. Adelaida Ortega Ruiz y a D. Juan Lorenzo Collado Gómez, por su valiosa aportación a este objetivo común. Así mismo, aprovecho

esta ocasión para transmitir mi más sincero agradecimiento a los más de cien participantes que nos han hecho llegar sus trabajos desde todos los lugares del territorio nacional y, con especial cariño, a los participantes locales, a los miembros del jurado por el compromiso y la colaboración que nos han prestado en todo momento, así como a las entidades colaboradoras, Caja Rural «Nuestra Señora del Rosario» y Cajasur, que, con su aportación económica, han contribuido generosamente a hacer realidad este Certamen.

No sería justo cerrar esta presentación sin antes felicitar a mi compañera Helena Amo por el trabajo, implicación y constancia que, como responsable de la Concejalía de Políticas Sociales e Igualdad, demuestra cada día llevando a cabo iniciativas tan interesantes como necesarias como lo es este I Certamen Nacional de Relato Corto «Con nombre de Mujer».

Y a todos vosotros y vosotras, futuros lectores y lectoras, con mi más sincero deseo de que disfrutéis de estos tres magníficos relatos, os animo a participar en las próximas ediciones de este Certamen de forma que se consolide y siga contribuyendo a impulsar el cambio social necesario para que la igualdad de género sea un hecho.

Vicente Tapia Expósito
Alcalde de Nueva Carteya

Prólogo

Con la edición de este sencillo libro ven la luz los tres primeros premios del I Certamen Nacional de Relato Corto «Con nombre de Mujer» que, con motivo de la celebración del Día Internacional de la Mujer, convocó, en enero de 2009, la Concejalía de Políticas Sociales e Igualdad del Ayuntamiento de Nueva Carteya.

No sé si es el tiempo el que se escapa y se pierde o somos nosotros los que nos escurrimos en una carrera resbaladiza, sin sentido. Lo cierto es que durante años arrojamos la necesidad crucial de hacer realidad una demanda razonada: no violar bajo ningún concepto el principio extenso de la igualdad de género, esto es, no dejarla a merced de pensamientos caducos que colocan a la mujer en un nivel inferior al hombre.

Toda persona que presuma de ser demócrata ha de aceptar, como fundamento de esos principios que dice defender, la igual formación y promoción profesional entre mujeres y hombres en todas las dimensiones y directrices que la sociedad exija y demande. Hemos de reconocer que, a pesar de estar inmersos en pleno siglo XXI, aún hoy sobreviven las distinciones por razones de género. Podemos hablar de ciertos progresos relativamente modestos, dura realidad, que se van alcanzando sólo en calidad de principios y que se escriben como nuevas hojas de ruta.

Hoy en día continuamos buscando una sociedad única, fundada en unos valores que garanticen y dignifiquen la igualdad plena y

manifiesta entre mujeres y hombres con los mismos derechos y deberes, eliminando toda discriminación sexista en el trato social y en el mundo laboral. Éste es el espíritu que se recoge en la convocatoria de este Certamen.

La experiencia ha sido profunda, intensa y muy gratificante. El gran número de participantes, que ha superado los cien, llegados de toda la geografía nacional, no sabe cuánto ha aportado a darle forma expresiva y contenido eficazmente sustancial para madurar la concepción de este tema, máxime, al hilo de la actualidad que vivimos; todos y todas han volcado a través de cada palabra, cada frase, cada párrafo...sus opiniones y anhelos entusiastas. Algunas y algunos han dejado asomar al mundo por primera vez con sus relatos sus opiniones subjetivas y diferentes.

Así pues, los ganadores de este Certamen son dueños de lo que escriben y tiene la validez personal de acuerdo con quienes lean su relato. En cualquier caso, entiendo, lo más difícil de este oficio, sujeto a opinión, no es el buen manejo de las cualidades personales, sino la cantidad de corazón que se entregue al poner una palabra después de otra.

En el «El palíndromo», relato ganador del Primer Premio, su autor trata, en clave de humor y con gran originalidad y un fluido y alegre estilo personal, cómo aún hoy se sigue menospreciando y humillando a la mujer por la mera condición de serlo. Derrama en sus páginas, con dinamismo curioso y divertido, la figura incomprendida de una joven que parte de una desventaja evidente frente a un padre, gestado en un cómodo machismo, y bajo el dominio añejo de una madre que ocupa un lugar insustancial en el entorno familiar, revelándose con insistencia ante la humillación que padece por razón de sexo.

En «¿No por ser mujer?», relato ganador del Primer Accésit, su autora presenta, dentro de un ambiente humilde con trazos de las más clásicas costumbres, a una familia chapada a la antigua usanza donde

triunfa, a pesar del entorno tradicionalista, el espíritu de lucha, de sacrificio, de entrega y de superación de la mujer, que, con perspectivas inconformistas, toma las riendas de su vida y busca con dignidad un espacio justo y racional en el mundo.

«Angustias Guijarro», relato en el que ha recaído el Segundo Accésit, muestra el alma insatisfecha de una joven emprendedora y tenaz; tenacidad impulsada por el miedo a perder lo que había conseguido para ella y los suyos, a través de su esfuerzo, creciendo mentalmente hasta lograr con éxito sus sueños. Su objetivo consiste en destacar superando, como persona, toda actividad laboral, a pesar de sufrir el acoso como mujer. Es una mujer maravillosa, pero su afán excesivo de triunfo le hace perder el contacto íntimo con su familia, olvidando que el trabajo por sí solo no llena las satisfacciones vitales.

El objetivo de este Certamen, claramente definido, ha quedado cumplido y conseguido: concienciar a la sociedad sobre las desigualdades que por razón de sexo, lamentablemente, aún existen y contribuir a lograr la igualdad entre mujeres y hombres. No obstante, me consta que este Certamen ha nacido con vocación de continuidad, de modo que la presente edición no agota la posibilidad de ir renovándolo en años sucesivos, ni significa quedar satisfecho, pues siempre quedan abiertas las puertas a la ilusión insatisfecha de que aquello que se hace puede hacerse mejor o, al menos, intentarlo.

Ahí radica la grandeza de toda esperanza.

Aprovecho la ocasión para mostrar mi enorme gratitud a los muchos participantes porque son ellos y ellas los que me han alentado a escribir este prólogo. Lo más importante en la vida no es verse envuelto en grandes aventuras, sino algo más fácil: sentirse útil y práctico en todas las situaciones que el tejido social nos depare.

Antonio Luque Cuevas

Presidente del Jurado del I Certamen Nacional
de Relato Corto “Con nombre de mujer”

PRIMER PREMIO



EL PALÍNDROMO
Relato en clave de humor

José Alfonso Martínez González

Alas a tu mente, a tu cielo, a tus colores múltiples...
Alas a tus interioridades, Sofía, para ti...
A Josué Velasco Magdaleno. León, Guanajuato, México.

Recién comenzado el relato, ocho palabras incluida ésta, ya me he cansado. De verdad; de todo corazón. Es que estoy cansada, ¡ea...!, aburrída de hacer círculos en el aire con el humo del cigarrillo, ¡cuándo se vio tal cosa en una señorita! En el sopor que me abruma, hastiada de tanta mosca advenediza en mis pies.

¿Continúo o mejor lo dejo? Haré un esfuerzo. Por vosotros. Pero... conste que si me hartó, lo dejo.

La culpa de todo la tiene el palíndromo. Veamos el diccionario:

PALÍNDROMO. m. Palabra o frase que se lee igual en los dos sentidos. De izquierda a derecha o viceversa.

Ejmp.: Anilina.

Ejmp.: Dábale arroz a la zorra el abad.

Ahí es nada.

—¡Nenaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!, ¿le pongo cebolla a la tortilla?

Ha sido mi madre desde la cocina y, por si acaso, me he hecho la tonta. Odio la cebolla. Lo peor es que lo sabe. Además, como de costumbre, no me apetece tortilla para nada. Estoy hasta el chichimirichi de tortilla, todos los días tortilla, jolines.

No tardará la tormenta.

Mi padre tampoco ha contestado, entretenido como está, buscando en el diccionario alguna palabra que no entiende del prospecto de su medicamento. Dije que el palíndromo era, es, la causa de todos mis males; de todos; hasta del retraso de la regla.

Todo va mal desde hace tiempo; desde que mostré mis inclinaciones artísticas, aunque, a decir verdad, acostumbrada ando desde cría. Papá no se hace a mí.

Hará unos meses que, no sin esfuerzo, concluí una colección de cinco acuarelas que, a decir de entendidos, quedaron perfectas. Nunca antes toqué un pincel. Pletórica de satisfacción, esperaba de mi padre qué sé yo, una felicitación..., una palmadita en la espalda; un cierto reconocimiento. No está mal, me dijo, no está mal, no eres Cabot-Perry pero no está mal. Me pregunté si eso era todo; si no merecía algo más; si en verdad era mi padre quien así me respondía. Me mordí las uñas.

No sé de qué me extraño. Siempre se comportó como un gato conmigo y, en vez de besarme, me provocaba sarpullido a propósito con su afilada barba.

Pero eso sí; ahora, reclama para él mi atención:

—A ver, niña...; busca, tú que ves mejor que yo, la palabra «ataxia» en el diccionario.

—Desorden —respondí con fastidio—. Perturbación de las funciones del sistema nervioso.

—¡Vaya! ¡lo sabía; estas cápsulas me van mal para el estómago!

Papá se comporta como un estúpido. Estoy segura de que estropeará el día.

—Pero... —respondo con sequedad— ¿Qué coño tiene que ver la ataxia con el estómago?

—¡Ya estamos! —gritó— ¡Ya estamos de nuevo...! ¡Ya estamos con «la médica»!

—¡Pero si es verdaaaaaaad...!

No me dejarán concluir lo que escribo, la una con su tortilla y el otro con los achaques. En el fondo, a mamá no la culpo. La pobrecita, haciendo lo que podía, siempre me defendió siendo yo su sambenito. Pero... papá lo hace a propósito, demonios, que bien lo sé, que no es nuevo; que si no hice la primera comunión fue por su culpa. Era sábado de mayo y, al contrario que otros niños en día señalado, no mostré especial interés por los abalorios desplegados encima de mi cama, pues, bien intuí que no saldría bien la cosa. Papá roncaba en su cuarto en tanto mamá me acicalaba; me colocó el blanco vestidito prestado como quien viste a una reina, con sumo cuidado, de arriba abajo, ciñéndomelo a tironcitos. Retrocedía dos pasos, me miraba con fijeza, volvía a mí, y nuevos tironcitos. No hubo forma de sujetarme el tocado; no tenía el suficiente pelo ya que cada dos por tres, en cuanto crecía un poco, el gracioso de mi padre me lo mandaba cortar. Haciéndome sentar, mamá me puso los calcetines de encaje y unos zapatos blancos que me parecieron enormes pues mis pies bailaban dentro. Ciertamente, mi prima tiene los pies tan grandes que pueden servir de arado. Me recuerdo con un bolsito colgando del brazo derecho y, del izquierdo, un rosario. Un misal en la mano. Yo protestaba debido al calzado, parecía una mona borracha andando, y mamá probó con algodones en la puntera que me hacían daño. Mi llanto despertó al ogro, salió de la alcoba en calzoncillos largos, refunfuñando, me miró con indiferencia y volvió a la cama. Que qué hacía le preguntó mamá y aquél respondió con un seco y tajante ¡...que me dejes en paz! Se violentaron en discusión; mamá, dale que toma, y papá, toma que dale, que tomase la comunión si nos venía en gana, decía, pero que él, a la iglesia no iba, que tomase a Dios cuando fuese mayor y hasta vestida de fallera si nos diese la gana. Menudo

lío se armó, lo recuerdo bien..., del trance se enteraron todos los vecinos, ¡normal...! mamá andaba como poseída, acosando a papá, preguntándole cuál era nuestra culpa... El final de todo aquello fue que, como todo el vecindario se entretuvo en espetar, avergonzada, mamá no se atrevió a pisar la calle y me mandó desnudar.

—¡Nenaaaaaa...! ¡...Que si le pongo cebolla a la tortilla!

—¿Me quieeeeeeres dejaaaaaar? ¡Que no quiero tortilla, leche...! ¡Que dejes de chillar, que intento escribiiiiir! ¡Desastre de casa!

Así están las cosas, así. En fin...; decía que, al poco, aunque no del todo, olvidé el chasco pictórico. Más tarde me aficioné a la escritura y, por probar suerte, decidí presentar cierto trabajo a un certamen. Fue sorprendente: sentí, casi humedecida, morir de satisfacción cuando, después, me notificaron que me había alzado con el primer premio. Aquello era la retorostia; el no va más. El corazón se salía del sitio. Era una máquina trituradora. Sabía que pronto tendría que recoger el galardón y, como por arte de magia, poco a poco me transformé; me sentía más mujer; más femenina. Cambié mis zapatillas de cuña de esparto por agujas de siete dedos y calcetines, por pantys provocadores. El transparente de mis labios lo cambié por rojo intenso a juego con mis uñas. Desapareció el vello de las piernas...

Quedé, cómo decirlo, muy resultona, muy guapa, bastante coquetona.

Pensé que papá, orgulloso de su hija, me miraría con otros ojos y se rendiría a mis antojos. De cuando en cuando, ligeramente perfumada, me acercaba y besaba su calva. Cómo decirlo; él ni se inmutaba pero yo estaba segura de que su interior retozaba de satisfacción. Pensaría, seguro, qué guapa y molona va la nena, qué hermosura, qué inteligencia...

¡Je...! como pedir jamones a un tragal.

El escrito vio la luz en letra impresa y más tarde acudí a recibir el galardón en un día fatídico; al subir al estrado, hube de descalzarme pues rompí contra un escalón el tacón del zapato izquierdo, ¡vaya vergüenza! que quedó desprendido. En el trance perdí el equilibrio y rodé tres escalones abajo, dejando entrever las absurdas bragas estampadas en amarillo que escogí al azar. Consternada, acepté la ayuda que me ofrecieron. Me puse en pie como pude, maldiciendo los aplausos que me dedicó el público con el fin de restar importancia al hecho y darme ánimos. Un mal día, sí, muy mal día. Procedí, pues era obligado, a la lectura del relato premiado, sin atreverme a mirar al respetable ¡qué bochorno! y al concluir, busqué los ojos de mamá que encontré, y la calva de papá, que también hallé, pues miraba hacia abajo, bien encogido.

—Sí, no está mal —me dijo—. En fin...; no eres Isabel Allende, pero no está mal.

Pocos días después de aquello, volví a las cuñas de esparto y a las chanclas de dedo. Me mordí las uñas. Los esmaltes, el rimel y los ganchillos, fueron al cubo de la basura. Rasgué los pantys con las pinzas y, en un arrebato de impotencia, me enhariné la cara y ante el espejo, primero reí y lloré luego como una imbécil. Y así ando; regulando la menstruación a base de píldoras antibaby, bulímica perdida y, en delirio enfermizo, sufriendo la obcecación que me tiene decidida a demostrar mi valía, cueste lo que cueste ¡bonita soy yo! que la cosa viene desde largo y al final lo conseguiré; sonará absurdo tal vez, pero me juré no cejar en el empeño de escribir un libro de trescientas treinta y tres páginas repletas de palíndromos ideados por mí de, al menos, nueve palabras cada uno.

Hummm..., es cierto; fatídicamente aún no he compuesto

uno solo, pero sé que es cuestión de tiempo. Constancia no me falta; apilados por todas partes, tengo cuadernos y cuadernos bien cargados de intentos y tachaduras que, de cuando en cuando reviso, en busca de alguna combinación fortuita.

Mi padre dice que estoy loca y yo, sin que me vea, le sacó la lengua si viene al caso pero algo es cierto; el fracaso en este asunto me está complicando la vida: no soporto a nadie, ni a mí misma, le doy demasiada importancia a las cosas, me he vuelto intolerante y busco las patas que no son, al gato.

Respecto a papá, a su forma de actuar conmigo, no sé porqué me sorprende todavía puesto que no soy santo de su devoción. Tan sólo una vez, sólo una, me prestó atención y hace tiempo de aquello, tendría yo diez u once años. Mis juegos eran simples; me entretenía dibujando muñequitas y vestiditos sobre el papel que después recortaba o bien confeccionaba cromos tijera en mano. La cuestión fue que una tarde, tras levantarse de la siesta, papá me sorprendió embebida en aquellas tareas infantiles y, preguntándome, le respondí que nada, que dibujaba la princesita que habría de casarse con el hijo del rey bueno. Esbozando una sonrisa me miró; dijo, encogiéndose de hombros, que a su vuelta me traería recortables o cromos, pero de los de verdad... En principio no le creí, claro, pero, al poco, comencé a darle vueltas a la cabeza, ¿sería verdad, me llevaría recortables...? ¡Jolines, sería fantástico...! Si así fuese, por fin podría aparecer ante mis amiguitas con algo lustroso en las manos, ya era hora, que hasta entonces, ellas gozaban con los auténticos de Maribel y Pedrito, Isabel y Clarita y hasta con los de Marisol, no como yo, que había de aviármelas a la buena de Dios. ¿Serían cromos? ¿De Bambi, o los de Vida y Color...? Tanto me ilusioné que salí corriendo e invité a mis amigas Emi y Adelita a que, a la tarde, subieran a casa y ahí nos encontramos después, ante la extrañeza de mamá

y mis palpitaciones. ¡Dios...! Oí toser a papá, volvía, noté cómo subía la escalera, se abrió la puerta de la sala y entró. Se hizo el silencio, yo..., yo estaba rígida, tensa, expectante... mis amigas, retraídas. Ajeno a nuestro mundo, iracundo, papá se limitó a decir ¡hola, qué tal...! y extrajo un sobre de su chaqueta, lo depositó sobre la mesa diciendo que era para mí, y sin más, volvió a marchar. Adelita, mi amiga, que siempre fue una pizpanda, una revoltosa osada —se rumoreaba que su padre era un rojo— no dudaba incluso a enfrentarse a los chicos del barrio con el fin de salirse con la suya en lo que le viniese en gana...; igual le daba todo, lo mismo, ocho que ochenta. Yo, que siempre fui lela perdida, paralizada por el desacostumbrado detalle de papá, no acertaba a actuar. Fue Adelita quien se abalanzó y se hizo con el sobre, lo abrió con desenfado, miró dentro, su rostro palideció, soltó una enorme picardía, se dirigió hacia la ventana y, localizando a papá a unos treinta metros calle arriba, le gritó: ¡burrooo...: estos no son cromos de chicaas...! Tanto Pirri, del Real Madrid, como Rifé, del Barcelona y otros, nos dejaron estupefactas.

—¡Neeeeeena; no sabes lo bien, lo rica que me ha salido la tortilla!

¡...Dios santo!

—¡Que no quiero tortiiiiiiilla! ¡Ya está bien...!. Verás...; uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueeeeeeve y... dieeeeeez. ¿Ves, mamá...?. He contado hasta diez. Por no alterarme. Por favor; no insistas. ¡No quiero tortilla!

—Tú dirás lo que quieras; pero deberías probarla.

No sé si se me comprende. Es el colmo. Lo que acaba de ocurrir con mamá es explícito... claro que, mañana, dirá a las vecinas que estoy fatal de los nervios.

No se trata sólo del entorno familiar. Hay más cosas, por si fuese poco. Por ejemplo, no acabo de comprender el porqué de

ciertas cosas. Veamos: no sé por qué, mientras estoy almorzando, por culpa de la de abajo, he de soportar un pestazo a orín de perros cuando yo no tengo perro. Tampoco me entra en la cabeza que Bartolo, el dueño de la tasca de la esquina, luzca dos imágenes bien dispares, enmarcadas, la una frente a la otra, por encima de la cafetera; Nuestro Padre Jesús Nazareno y Carlos Marx. Y..., ¿cómo puede ser que el teléfono de mi hermano Javier comunique cada vez que lo necesito? O... ¿qué vio en la carasapo del segundo piso el espléndido de su marido? ¡Son tantas cosas...!. ¿Qué lleva a mi madre a insistir una y otra vez con la tortilla de los demonios? ¿Qué criterio obliga a los toreros mexicanos a dar la vuelta al ruedo en sentido contrario a las agujas del reloj? ¿Qué es lo que hay que hacer para que, al menos, un palíndromo acuda raudo a la mente?

Lo malo de todo es que, en el desbarajuste, una, o sea yo, siempre termina acudiendo a Dios por despejar incógnitas. Pero... ¿quién es Dios y dónde está si es que existe...?

En verdad, hay cosas que provocan el caos inútilmente.

—Niña, te veo preocupada... ¿te ocurre algo?

—No, papá, cosas mías.

—No te atosigues; será pasajero.

—No me atosigo, papá, déjalo estar.

—Seguro que no es nada; tienes buen color. Quizá es debido al tiempo, que está cambiando. Sin embargo, mírame a mí... hoy tengo un malestar... además, me duele la pierna más que nunca. Estoy seguro, hija, será una trombosis. ¿Tengo mala cara, estoy enrojecido...?.

—No, papá; ni tú estás rojo ni a mí me ocurre nada. ¡Naaaaaada de nada!

Confieso al papel que estoy muy avergonzada de escribir todo esto, tan real en el acontecimiento como surrealista desde lo

ajeno, no sé..., espero que jamás de los jamases caigan en manos de alguien tanta majadería. A no ser, faltaría más, que consiga mi objetivo principal. Me asusta hacer el ridículo; qué pensarán los vecinos o el guapo del Círculo que me trae los libros; me lleva loca... y eso que, en seis meses, lo habré visto tan sólo quince minutos. Me horroriza pensar que, en el próximo viaje, cuando me traiga el que he pedido, Yuppies, jet set, la movida y otras especies de Carmen de Posadas, me salude con un qué tal, palindropepita, cómo lo llevas. Me desmayaría. Seguro. Espero que mamá no haya comentado nada de esta manía mía con los palíndromos. Sería el colmo. Además... ¿y si alguien me pisa la idea y se me adelanta?

—...Pues deberías probar la tortilla..

—Deja a la nena, Rafi, ¿no ves que está enferma?.

—¡Por favor, por favor, por favoooooor! pero... ¿es que queréis hacerme la vida imposibleeeee?

No me dejarán pensar, no. Me quiebro la cabeza intentando componer palinjeroglíficos y, ellos, dale que dale. Estoy desesperada. No hay forma humana de combinar dos palabras en forma capaz y, en el aturullo, me asaltan de nuevo graves dudas: ¿Por qué estoy tan cansada? ¿Cómo es posible que mi cuñada Charo esté convencida de que, en honor de todos los Rueda, el escudo heráldico de su apellido luzca un magnífico neumático de camión en el centro?, jolines, ¿Por qué se empeña mamá en que coma su tortilla si, de verdad de la buena, no me apetece? ¿Por qué me impiden tener una gallina en casa como mascota? ¿Qué fue antes... el huevo o mi gallina? ...y, si me gustan las gallinas, ¿Por qué hago ascos a una tortilla hecha a base de huevo de gallina? Me ahogo. Noto resoplón.

—Oye...

—¡Vale, mamá, vale! Me rindo. Tú ganas. Dame una cuñita

y en paz.

—¡Nooooooo..., no era eso, hija, era para preguntarte si has visto hoy «al del butano» por la ventana! Pero espera, veo que se te ha abierto el apetito; en seguida te la traigo...

Es el colmo. Hechos como éste son los que provocan una patada a la silla. Es muy fácil, claro, decir que estoy loca cuando me sorprenden bailando un tango con la escoba. En el fondo, lo que hago al bailar es buscar a Dios y a sus matemáticas avanzadas. La toalla que anudo al palo de la escoba, nadie me comprende, tan sólo es una raíz cuadrada elevada a la trillonésima potencia. No se trata de que me escuche quien me entienda, todo lo contrario.

Veamos; topó el topo..., no, sobra la primera letra; tapa la pat..., no; no sirve. La oca ala..., nada; no hay forma. Imposible. No hago más que tachones en el cuaderno.

Observo que mi padre me está mirando con cara de bicho raro y, la verdad sea dicha, yo no me veo tan fea rasurada al cero. A quién le importa; yo a lo mío, que así estoy más fresquita y me ahorro un dinero en potingues. Que se aguante, qué se habrá creído, además, que de cría, no me quería con pelo largo ¿no? A fastidiarse tocan, que una promesa es una promesa, más aún, si se hace a Dios. ¡Je...! No pudo con mamá: no hice la comunión, pero mi madre no le consintió nunca más su manía de cortarme el pelo cada dos por tres, de no dejarme crecer melena...

—Ay, hija, me encuentro mal, ¡ay, mis piernas...! ¿Por qué no me las miras... tengo la izquierda hinchada...?

Es vomitivo. Mi padre, cosas suyas, se ha descalzado los pies y los ha situado paralelos sobre la mesa que compartimos, regalándonos a mí y a la tortilla que degluto, forzada, un aroma inconfundible. Alucino. No soy nadie. Hago, de tripas, corazón. Mi vida es psicodélica.

—No sé, papá, parece que sí, que la izquierda..., bien mirado, no; yo las veo iguales, papá, no observo nada extraño.

—¡No me engañes! —me está gritando—. ¡Ahora sí, luego no...! o están iguales o no lo están; ¡no son, o lo son o sólo no son...!

He escupido la tortilla.

Silencio.

Reflexión en el silencio. No puede ser, no, no puede ser. La vida no es justa.

Silencio.

Papá sabe que le estoy acuchillando con la mirada. No me lo merezco.

Silencio.

No sé si preguntarle.

Volverá a llamarme loca.

—Oye, papá..., ¿qué es... qué es lo último que has dicho...?

—¡He dicho —me grita más fuerte— que las cosas no son, o lo son, o sólo no son!

No puede ser. Yo no estoy loca, no; yo..., lo que estoy es hasta los mismísimos pelos del... del...

No, no puede ser. No hay derecho. Todo me da vueltas..., me mareo.

—Te odio, papá.

—Psssch..., tú sabrás.

—Te lo digo en serio, papá, te odio...; “no son, o lo son, o sólo no son”, es un palíndromo.

—¿Un palinqué...?

—Un palíndromo, papá..., un palíndromo; de más de nueve palabras, papá...

—Estás tonta, nena, tú estás muy «pirada»...

—Papá...; me lo has pisado, papá, acabas de destruirme, papá, como siempre haces...

—Pero... ¿qué es lo que ocurre?

—¡Nada, Rafi, nada; que la niña está loca..., qué va a pasar!

Los odio, no saben hasta qué punto.

Hace siete días, cuán ingrata es la vida, frustrada, decidí plantarme ante el Cristo Esparraguero en la Parroquia de los Trinitarios. Me arrodillé y, desde lo más profundo de mi corazón, rogué: «...anda, Esparraguero mío, corazón divino, que si tú quieres puedes. Ayúdame. Aunque sólo sea uno; un palíndromo nada más. Verás...; a cambio, yo te ofrezco mi melena como exvoto... te la pondré ahí..., al lado, para que todo el mundo sepa lo bueno y «milagrero» que eres, ¿vale...?».

No es justo, no..., no lo es.

EPÍLOGO

Ayer comencé un diario, mi diario. He creído conveniente —para que se me comprenda mejor— copiar aquí un fragmento de lo que escribí en la primera página:

Querido diario:

Como no tengo quien me escuche, he decidido contarte a ti mis cosas. Son secretísimas... ¡ya verás, ya verás...! ¿Sabes lo que ocurrió cuando nací...? Me lo contó mamá hace muchísimo tiempo. Me dijo que al nacer, nada más romper el primer llanto, entró papá en la habitación y preguntó:

—¿Todo bien..., viene enterito mi pequeño

machote...?

—Desde luego, —contestó la matrona— claro que sí, un parto perfecto. Pero..., nada de machote; se trata de una preciosa niña, enhorabuena...

Me dijo mamá, querido diario, que papá se quedó blanco y que ni se acercó a verme; que se dio media vuelta, refunfuñando, y salió dando un enorme portazo.





¿NO POR SER MUJER?

Adelaida Ortega Ruiz

La década de los treinta daba sus últimos coletazos. La guerra había terminado. Eran tiempos difíciles para una familia humilde como la nuestra. En casa éramos demasiadas bocas que alimentar, y como solía decir mi padre, para colmo de males, Dios no lo bendijo con ningún hijo varón. ¡Ideas de otros tiempos!

Él trabajaba de sol a sol, pero a pesar de ello, el dinero sólo nos alcanzaba para malvivir.

Siempre recuerdo aquella frase suya... «un niño nos hubiera traído un pan bajo el brazo».

A veces me hubiera gustado ser el varón que trajese aquel pan. Tal era la concienciación sexista que respiré desde la cuna, consecuencia derivada sin duda de una arraigada cultura machista, que aún hoy, a mis ochenta y un años de edad, veo que los españoles no hemos desechado plenamente.

Yo, por ser la mayor de las cuatro hermanas, me quedaba en casa ayudando a mamá.

Carmen contaba por aquel entonces diez años, uno menos que yo, y Dolores y Francisca seis y cuatro respectivamente.

A mi corta edad sabía limpiar, lavar la ropa y cuidar a las dos pequeñas. Tuve que aprender pronto, pues mi madre se pasaba el día cosiendo y planchando por encargo, para traer a casa algún ingreso extra.

Vivíamos siempre con lo justo, pues aunque teníamos para comer, no podíamos permitirnos ningún otro lujo en ropas ni cosas para la casa. Los vestidos iban pasando de una en otra cuando se nos quedaban pequeños. Mamá los zurcía bastante bien y los usábamos hasta casi destrozarlos. Ella guardaba algo del dinero que ganaba con sus costuras, para “los imprevistos” como le oí decir tantas veces.

Mi casa era pequeña, pero nos arreglábamos bien. Sólo había otro dormitorio bastante grande aparte de la alcoba de matrimonio, así que Carmen y yo dormíamos juntas en una cama doble, y Dolores y Francisca en otra igual al lado. Abajo estaba la cocina, la despensa, el comedor y un patio con un pozo, un limonero precioso y un corralillo en el que criábamos gallinas.

Carmen era la única de nosotras que iba a la escuela de Doña Mercedes, donde algunas niñas aprendían labores de costura y bordado, a leer, a escribir e incluso las cuatro reglas. Doña Mercedes era la viuda de don Manuel, el médico, y cuando éste murió prematura y repentinamente, ella puso la escuela en la salita de la antigua consulta de su marido, y así iba subsistiendo. Sin embargo a mi madre nunca quiso cobrarle nada por enseñar a Carmen, pues vivía en la casa de al lado, y mi hermana se pasaba el día con ella desde que tuvo uso de razón. A cambio de esas clases gratuitas, mamá acostumbraba a plancharle y hacerle algunos arreglos de ropa a la maestra.

Carmen era muy bonita, con piel clara y pelo negro, ojos

oscuros y una sonrisa muy dulce, aunque su mayor virtud era su facilidad innata para estudiar. Recuerdo su afán constante por aprender cada día cosas nuevas, pero nosotros no teníamos libros ni dinero para comprarlos, por lo que doña Mercedes le prestaba a mi hermana los de la biblioteca de su difunto marido, que eran devorados por la mente insaciable de la niña, así fueran de geografía, historia, novela o incluso medicina.

Jamás olvidaré la noche en que oí aquella conversación de mis padres, cuando pensaban que todas nosotras dormíamos profundamente. Mi madre dijo que esa tarde había venido a hablarle doña Matilde, la esposa del boticario, que tenía tres hijos de corta edad, y buscaba una chica de unos diez u once años para que los cuidara y sirviera en su casa. Papá dijo que era una noticia estupenda y que así una de las dos mayores podríamos ayudar con lo que ganásemos, y de paso Carmen se olvidaría de una vez por todas de tantos pájaros como tenía en la cabeza con los libros y el estudio, añadiendo que ya era hora de que aprendiera a ser una mujer y se preparase para llevar una casa, pues pronto estaría en edad de confeccionarse el ajuar y de echarse novio para casarse, lo que no encontraría en esas absurdas lecturas en las que andaba siempre inmersa.

Mi madre le dio la razón, aunque confesando que sentía pena, pues doña Mercedes le había insistido muchas veces en la gran capacidad y predisposición de Carmen para estudiar y en que deberían plantearse que la niña, dada su valía, estudiara una carrera de maestra o de cualquier otra cosa.

Papá le contestó que tal vez, si fuera un varón, harían el esfuerzo de mandarlo a estudiar, pero que una mujer debía pensar en formar una familia y conocer el manejo de la casa y las labores femeninas, y que todo lo demás, sería a la larga una pérdida inútil de tiempo y de dinero.

Así acordaron que yo seguiría en casa como hasta entonces, que las dos pequeñas empezarían a ir a la escuela con doña Mercedes para aprender al menos a escribir, y que Carmen, que ya sabía más que suficiente, iría a servir a casa del boticario.

«¡Ya sabía más que suficiente para ser mujer!». Ahora, cuando mi existencia alcanza su último tramo y tengo la experiencia de toda una vida, miro hacia atrás y me doy cuenta de cuan equivocados eran todos aquellos prejuicios sobre los que nos asentábamos, como si fueran las bases más sabias y sensatas, o simplemente lo natural.

A la mañana siguiente, Carmen se levantó temprano, como de costumbre, dispuesta a marchar con la maestra. Mi madre le comunicó que aquella sería su última jornada de escuela, pues al día siguiente empezaría a trabajar sirviendo en casa de doña Matilde. Mi hermana lloró todo el día, pero de nada sirvieron sus lamentos. Incluso doña Mercedes vino a hablar con mi madre, pero ésta le dijo que «la decisión estaba ya tomada y la última palabra la tenía su marido», o sea, mi padre, que en absoluto era un mal padre... simplemente era un hombre de su época con la visión práctica que entonces se consideraba más acertada. En su cabeza no entraban otras alternativas para la vida de una mujer.

A mi hermana no le quedó más remedio que obedecer y entró al servicio de doña Matilde. Allí jugaba con los niños, los sacaba a pasear y los cuidaba, aparte de ayudar a la señora en las tareas domésticas. Cada día entraba a trabajar a las ocho de la mañana, y volvía a casa al anochecer, excepto los domingos, que tenía la tarde libre. Su única alegría era que pudo ampliar la gama de libros para leer, pues don Segismundo, el boticario, contaba con gran variedad de títulos en su despacho, y Carmen aprovechaba el ratito de la siesta en que los niños dormían, para leer con fruición.

Una noche, al acostarnos me contó que don Segismundo la había sorprendido con un libro sobre «farmacología natural» en las manos. Ella se asustó mucho y pensó que la despediría por tocar las cosas sin permiso; comenzó a llorar y pidió perdón prometiendo que no volvería a hacerlo más, pero para su sorpresa, el boticario, lejos de reprenderla, se mostró muy interesado en los motivos de la niña para tal lectura, que en cualquier caso, podría resultar tediosa para una chiquilla de diez años. Mi hermana le explicó entonces que no era aburrida en absoluto, puesto que le apasionaba todo lo referente al efecto de las plantas sobre el organismo humano, su absorción por éste y la aplicación terapéutica para la curación de distintas enfermedades. También le contó que conocía bastante bien la anatomía humana y las funciones de los órganos vitales, gracias a los libros de medicina que la viuda de don Manuel el médico le había prestado desde que era pequeña.

Don Segismundo se quedó tan impresionado que a penas pudo articular palabra. Le costaba creer que una niña tan pequeña tuviese aquel ímpetu y ansia de aprender, a pesar de ser mujer y de pertenecer a una familia sin recursos económicos. Sólo alcanzó a decirle que tenía permiso para usar los libros en sus ratos libres y que podía llevárselos a casa para leerlos por las noches, siempre que quisiera.

De este modo Carmen empezó a venir cargada a diario con pesados tomos sobre plantas, fármacos, sustancias químicas y enfermedades, además de las novelas de autores clásicos que, para ella, suponían una lectura liviana. Por la mañana los devolvía puntualmente, por si acaso el boticario los pudiese precisar para alguna consulta de su trabajo, y así los llevaba y traía cada día con exquisito cuidado, pues ella afirmaba que los libros eran un tesoro cuyo valor iba más allá de su mera presencia física.

Fueron pasando los años y yo cumplí dieciocho. Aquel

tiempo transcurrió lento y pesado, como si cada día durase una eternidad. La monotonía me hacía más largas las horas, siempre con los mismos quehaceres y sin otra ilusión de futuro que echarme novio y no quedarme «para vestir santos», como decían mis padres. Mis labores giraban siempre en torno a lo mismo: recoger tierra blanca para fregar los cacharros de cocina, barrer y fregar los suelos de rodillas, cocinar y lavar la ropa a mano. Por las tardes me sentaba junto a mi madre, y mientras escuchábamos la radio, ella cosía y yo bordaba mi ajuar, que a aquellas alturas ya tenía casi acabado. Mis padres comenzaban a preocuparse, pues a mi edad aún no tenía ningún pretendiente, y eso desvelaba sobre todo a mi madre, que no quería siquiera pensar en que me convirtiera en una solterona. «¿De qué viviría cuando ellos faltasen?»

En cambio a Carmen, que ya había cumplido los diecisiete, la rondaba desde hacía meses un joven algo mayor que ella. Él tenía veintiún años y acababa de heredar la panadería de su familia, lo que lo convertía a ojos de mis padres en un excelente partido para mi hermana.

Carmen, por aquel entonces, llevaba ya un año trabajando como manceba en la farmacia de don Segismundo, pues tras los años de servicio en su casa, éste valoraba mucho su inteligencia, y decía de ella que era una muchacha muy despierta, así que la colocó como su ayudante.

Adolfo, el panadero, se había fijado en mi hermana en sus visitas a la farmacia, y comenzó a esperarla cada tarde a la hora de cerrar, para entablar conversación con ella. En aquella época no estaba bien visto que una pareja de jóvenes pasearan solos por la calle, así que mi hermana solía andar delante y él la seguía hasta casa unos pasos por detrás, hablándole desde lejos sobre cosas banales, para no provocar los comentarios de la gente.

Mi hermana me confesó que se sentía halagada por la atención que suscitaba en aquel hombre, pero que no estaba segura de querer formalizar una relación con él. A pesar de eso, una noche, tras entrar ella en casa, Adolfo se quedó en la puerta esperando, y al rato, tocó con los nudillos. Mi madre salió a ver quien era, y el chico le pidió hablar con su marido. Venía a solicitar permiso para cortejar a Carmen, pues él, según le aseguró a mi padre, quería hacer las cosas bien, ya que era un hombre formal y deseaba contar con la aprobación de la familia.

De este modo, comenzaron a verse y a hablar a diario.

Mi hermana aún albergaba la esperanza de poder estudiar algún día. Durante todos aquellos años, desde que entró a trabajar con doña Matilde, no había dejado de leer cuanto caía en sus manos y de aprender más y más cosas. Soñaba con ser médico, aunque ella sabía que eso era un sueño casi imposible por motivos económicos y sobre todo, porque chocaba con el infranqueable obstáculo de ser mujer en un ambiente rural y en una sociedad eminentemente machista.

De todos estos anhelos estaba al corriente Adolfo, pues al irse incrementando la confianza entre la pareja, mi hermana le había abierto su corazón. Él había alimentado su ilusión, prometiéndole que una vez casados él podría costearle sus estudios, ya que su negocio iba muy bien y podía permitirselo. Carmen se veía radiante de felicidad. El joven era apuesto, atento con ella y sobre todo parecía comprenderla mejor que nadie en el mundo.

En el otoño de 1948, tras dos años de noviazgo se casaron. Mi hermana Carmen tenía ya diecinueve años. Estaba llena de emoción ante el nuevo mundo que se ponía a su alcance. Se había informado, y si hacía unos cursos de convalidación y unos exámenes, podría ingresar en la Universidad de Medicina en un plazo aproximado de tres años. Aún era muy joven y estaba a

tiempo de realizar sus sueños.

Transcurrido un mes desde la boda, un día en que fui a comprar el pan, cuyo despacho atendía mi hermana desde que era esposa de Adolfo, le pregunté a ésta cuándo empezaría los cursos de los que me habló y cómo se las ingeniaría para atender la panadería y estudiar al mismo tiempo. Ella pareció inquieta al responderme. Me dijo que tendría que aplazarlo un poco, pues su marido quería ampliar el negocio y le había pedido que esperase hasta que la situación se estabilizara de nuevo.

Yo, mientras tanto seguía en casa, «compuesta y sin novio». A mis veinte años continuaba esperando el príncipe azul que me asegurase el futuro, un futuro de ama de casa que llegaría a su culmen siendo madre de familia, máxima y casi única aspiración para una mujer en aquella época. Cuando ahora pienso en aquellas ideas retrógradas, no puedo menos que plantearme la hipocresía tejida en torno a la vida de la mujer, que aún hoy no ha desaparecido por completo: no hacía falta que estudiásemos ni nos preparásemos para ganarnos la vida por nosotras mismas, ya que cuando viniera el futuro marido a rescatarnos de nuestra soltería, no tendríamos necesidad de otras capacidades que no fueran las labores del hogar. Sin embargo, si ese marido no llegaba, nos veríamos condenadas a permanecer al amparo de nuestros padres hasta el día en que ellos faltasen, y cuando eso sucediese, el único trabajo para el que estaríamos capacitadas sería fregar y barrer en casas ajenas para ganarnos el pan, pues nunca nos prepararon para otra cosa ni se contempló la necesidad de ello.

A medida que pasaban los meses, mi hermana Carmen se mostraba más taciturna. Ya a penas me contaba nada como solía hacer antaño, y sus visitas a nuestra casa se fueron espaciando. Al principio venía cada día varias veces, pero ahora sólo lo hacía cada varios días y siempre con prisas y con una excusa a mano

para marcharse pronto. Yo me preguntaba qué podría pasarle. Ya no veía en ella aquella alegría ni la ilusión desbordante con la que contrajo matrimonio.

Un día fui a visitarla por la tarde. A esa hora el despacho de pan estaba cerrado, así que pensé que tendríamos más intimidad y tal vez se sincerase conmigo.

Encontré la puerta de atrás entornada, por lo que entré llamándola a media voz. La casa estaba oscura, con todas las ventanas cerradas y las cortinas corridas. Me extrañó que hubiera salido dejando la puerta abierta, de modo que pasé al fondo, hacia la cocina, donde se veía luz que entraba del patio. Allí estaba sentada mi hermana, sola, llorando. Enseguida la abracé sin preguntarle nada, y ella se desmoronó en mis brazos dando rienda suelta a su llanto contenido. Me dijo que tendría que marcharme pronto, pues Adolfo no tardaría en regresar y le molestaría encontrarme allí. Me contó entre sollozos que nada de lo que éste le prometió antes de casarse era cierto. Tras mucho tiempo de darle largas a sus aspiraciones de estudiar, un día ella le exigió que le dijera cuando podría empezar aquellos cursos. Él volvió a decirle que más adelante, y entonces ella lo enfrentó dejándole claro lo que pensaba: «que él la había engañado y que tan sólo pretendía tener a su disposición una criada para la casa y una dependienta para la panadería, sin importarle que jamás pudiera desarrollar sus otras cualidades como persona». Aquel fue el primer día que su marido le pegó, lleno de furia y gritándole que «ella era su mujer y haría lo que él mandase, así que se fuera olvidando de las tonterías inútiles y se centrara en trabajar como cualquier mujer normal».

Asimismo me contó que poco a poco él se había vuelto irascible, revelando un carácter huraño y posesivo. Le recriminaba que saliera de casa, aunque fuera a ver a su familia, por lo que

ella tenía que hacer escapadas casi furtivas para visitarnos. Le impuso el tipo de ropa que debía usar, llegando a quemarle todas las prendas que él consideraba «imprudentes», y prohibiéndole tajantemente que leyera los libros que el boticario y doña Mercedes le habían regalado, así como los que ella adquirió con sus ahorros de años de trabajo, los cuales ardieron junto a los vestidos en una gran hoguera en el patio.

Me sentí indignada y lloré con ella. Aquello debía tener una solución, y le dije a mi hermana que se viniera a casa conmigo, que cuando papá lo supiera seguro que él lo arreglaría. Carmen se negó. Temía que si no salía bien y se veía obligada a volver con su marido, las cosas empeorasen aún más. Luego me urgió para que me marchase antes de que él regresara, y me pidió que no les contara nada de momento a nuestros padres, pues tal vez todo se arreglase.

Me marché apesadumbrada. Aquella noche di vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Ya me preocupaba a todas horas pensando si él estaría pegándole en aquel momento y sentía una gran pena por mi hermana, obligada a renunciar a sus sueños que sin duda podría realizar si alguien le diera una sola oportunidad para intentarlo.

Cada día yo iba a la panadería y tratábamos de comunicarnos por señas, para saber si todo iba bien, pues Adolfo andaba siempre por allí y sobre todo, cuando íbamos alguien de la familia, no la dejaba sola ni un momento. Así fue pasando el tiempo y Carmen con veintitrés años, aparentaba mucha más edad de la que tenía. La tristeza y las ropas oscuras que siempre vestía le conferían un aspecto envejecido y melancólico.

Yo comencé a verme con Ignacio, un joven vendedor ambulante de mi misma edad, que solía venir al pueblo con fruta en un camión. No tardó mucho en pedir mi mano y planeamos ca-

sarnos para la siguiente primavera. De aquel modo la preocupación de mis padres por mi soltería se vio aliviada, pero no así la que yo compartía en secreto con mi hermana por su desdichada situación.

Una noche, cuando ya estábamos acostados, oímos fuertes golpes en la puerta. Presentí que algo malo podría haberle sucedido a Carmen y no sé cómo salté de la cama y bajé la escalera, pero en sólo unos segundos yo estaba abriendo la puerta y abrazando a mi hermana, que estaba allí de pie, con el único abrigo de una manta sobre su camión, y descalza en medio de la calle en aquella gélida noche de invierno. La hice pasar inmediatamente y cerré la puerta. Ella temblaba como una hoja, no sé si más por el frío o por el pánico que su rostro reflejaba. Mis padres y mis hermanas pequeñas, que habían bajado tras de mí, se amontonaron en el portal preguntando todos a la vez lo que pasaba. Los gemidos entrecortados de Carmen no nos dejaban entender sus explicaciones, así que la guíé suavemente hacia el comedor, donde aún quedaban algunos rescoldos de picón encendidos en el brasero, bajo la mesa. Subí rápidamente a buscar ropa y zapatos para que se vistiera, y al quitar la manta de sus hombros, todo quedó claro. Sus brazos, su espalda... todo su cuerpo estaba lleno de hematomas.

Unos momentos después se oyeron de nuevo desmesurados golpes en la puerta. La casa retumbó del suelo al techo y la pobre Carmen se refugió en los brazos de mamá como si fuera un bebé. El terror la tenía completamente paralizada. Sólo repetía una y otra vez «¡Ayudadme, no quiero volver con él!». Todos imaginábamos que sería Adolfo el que llamaba. Papá fue a abrir, pero antes nos dijo que subiéramos todas arriba y esperásemos allí.

Mi cuñado entró colérico, preguntando dónde estaba su mujer. Creo que si la hubiese encontrado en su camino la hubie-

se maltratado delante de todos, a juzgar por su tono furibundo. Mi padre procuró calmarlo. Lo oímos invitarlo a sentarse para hablar. Nosotras escuchábamos desde arriba, las cinco abrazadas y muertas de miedo. Nunca habíamos vivido una situación así; bueno... excepto mi hermana, en la piel de la cual nos estábamos poniendo en aquel mismo momento.

Es fácil imaginar la conversación, pero difícil asimilar tanta incompreensión. Mi padre le dijo que no consentiría que le pegase a su hija, y Adolfo le contestó que ahora era su mujer, y que él era quien no consentiría todas aquellas historias absurdas de Carmen, con las que pretendía desatender su casa y a su marido. Exigió que Carmen bajase o por el contrario él subiría a buscarla. Papá consiguió tranquilizarlo y le rogó que la dejase pasar la noche allí, pues estaba muy nerviosa, y le prometió que al día siguiente él mismo la acompañaría a su casa.

Por fin Adolfo se marchó algo menos alterado, y entonces nosotras bajamos a hablar con mi padre. No podíamos creer que él la fuera a poner de nuevo en las garras de aquel desaprensivo. Nos contestó que «él no podía hacer nada, puesto que Carmen era la mujer de Adolfo y su lugar ahora era su casa, junto a su marido, y que lo que debía hacer era no enfadarlo con sus tonterías, pues él bien que se lo venía diciendo desde niña». Mi padre agregó que «si ella se portaba como una mujer cabal, seguro que ya no tendría más problemas». Después dio las buenas noches y le recordó a Carmen que por la mañana se preparase bien temprano para volver a su hogar.

Nos quedamos boquiabiertas. Papá quería aparentar fortaleza, pero mientras subía la escalera, observé sus hombros hundidos, su cabeza gacha, y su expresión de profunda desazón.

¿Qué podíamos hacer? Mi madre lloraba angustiada, mis hermanas pequeñas no sabían qué hacer ni qué decir y Carmen...

Carmen habría dado cualquier cosa porque no amaneciera. Cada poro de su piel exhalaba pánico.

Subimos a acostarnos, aunque aquella noche nadie durmió. Yo me tumbé junto a mi hermana en esa cama grande que habíamos compartido tantos años, y la acurruqué en un abrazo que quería transmitirle todo el amor que sentía, que en aquel momento era más grande que cualquier otra cosa en el mundo.

Nos pasamos la noche así, mirando a la ventana y deseando que no entraran por ella las claras del día. Pero la mañana llegó y Carmen tuvo que marchar.

Pasaron varios días antes de que nos atreviésemos a ir por la panadería. Temíamos que nuestra presencia fuera contraproducente. Por fin yo me decidí una mañana y fui al despacho de pan. Mi hermana estaba allí, como de costumbre, pero no parecía ser ella. Le habían robado su ser, su esperanza, su alegría de vivir. Ahora era como un pájaro con las alas rotas, que vive y respira, pero no puede volar, y se queda en una jaula resignado a esperar la muerte sin haber sido nunca feliz.

El invierno tocó su fin. A finales de Marzo, la primavera florecía sonriente. En casa ultimábamos los preparativos de mi boda, que sería a mediados de Mayo.

Mamá me confeccionó el vestido de novia más bonito que yo había visto jamás. Lo copió de un periódico viejo, donde aparecía una foto de las nupcias del Archiduque Félix de Austria con la princesa Ana de Arenberg. También les hizo lindos vestidos a mis hermanas y ahora estaba cortando el traje de mi padre, que sería el padrino de bodas. No sabíamos si Carmen tendría ya preparado su vestido, pues desde aquella noche de la paliza, sólo hablábamos con ella lo imprescindible al comprarle el pan, porque Adolfo parecía irritarse cuando estábamos allí. Mi hermana no había vuelto a visitarnos desde entonces.

Nos sorprendió que una noche, cuando estábamos cenando, llegara a nuestra casa acompañada de su marido. Él parecía de buen humor, e incluso bromeó conmigo acerca de la boda. Mi madre aprovechó para preguntarles a ambos si querían que ella les hiciera la ropa que lucirían el día de la ceremonia. Carmen se limitó a mirar a Adolfo, como esperando que él decidiera. Me dolió ver hasta qué punto mi hermana carecía ya de su propia opinión, que se limitaba a lo que su marido ordenase.

Adolfo reaccionó bien; dijo que sí, e incluso hizo un comentario sobre «lo buena modista que era su suegra». Mi madre se puso muy contenta. Yo creo que pensaba que las cosas tal vez se habrían arreglado. Entonces les pidió que vinieran a tomarse las medidas cuando quisieran. Mi padre también pareció súbitamente eufórico por aquel cambio repentino de Adolfo, tanto fue así, que le insistió a éste para que lo acompañase al bar de enfrente, para invitarlo a un anís.

Cuando se marcharon, no sin que antes mi cuñado advirtiera que volverían enseguida, mamá le dijo a Carmen que aprovecharía mientras los hombres regresaban para tomarle a ella las medidas, ya que tenía pensado un modelo precioso que podría confeccionarle. Mi hermana pareció reacia. Le puso la excusa de que Adolfo iba a volver pronto y no les daría tiempo, pero mi madre pasó directamente a bajarle la cremallera del vestido mientras le decía «¡anda, tonta, si sólo será un momento!». En cuanto mi madre tiró de la primera manga pudimos contemplar las moraduras, unas más recientes, otras de color más difuso...

Carmen se subió la manga bruscamente sin decir nada. Se sentó y sus ojos empezaron a brillar llamando a las lágrimas. El absoluto silencio que se hizo en la sala hablaba por sí solo. Un momento después dijo: «hoy volvió a pedirme perdón una vez más».

A partir de entonces me propuse ayudar a mi hermana. No podía dejarla en manos de aquel individuo sin escrúpulos. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya.

Una semana después, fui a visitar a una amiga que casualmente vivía al lado de la panadería. Como era la hora de la merienda, nos sentamos junto a la ventana a charlar y tomar el café. Estuve intencionadamente pendiente de la calle todo el tiempo, hasta que vi salir a mi cuñado de su casa. Entonces me despedí y fui a casa de mi hermana.

Se alegró mucho de verme, pero la hice callar y le pedí que me prestara atención. A continuación saqué de mi bolso un paquete envuelto en papel de periódico y se lo entregué.

—Toma este dinero y márchate ahora mismo —le dije.

—Pero... no puedo. Me buscará y es capaz de matarme —repuso ella.

—No le digas a nadie dónde estás, ni siquiera a mí ni a nuestros padres. Cuando pase un tiempo, ponte en contacto conmigo. Yo iré a vivir a la capital cuando me case, y desde allí me será más fácil ayudarte —le aseguré.

—¿Pero de dónde sacaste todo este dinero? —me preguntó Carmen mientras quitaba el papel y tomaba en su mano los billetes.

—Vendí mi ajuar —le contesté sonriendo—. Ignacio me ayudó y él lo fue vendiendo por los pueblos con su camión.

Nunca olvidaré la triste sonrisa que se dibujó en su cara, mientras las lágrimas le brotaban incontenibles y me abrazaba con toda la emoción y el orgullo que sólo es capaz de albergar el cariño entre dos hermanas.

Recogió algunas cosas apresuradamente y las metimos en varias talegas de pan, para no levantar sospechas entre los vecinos. Le dije que se diera mucha prisa, pues Ignacio la espe-

raba con el camión a las afueras del pueblo, y él la llevaría hasta la estación de tren. El corazón se nos salía del pecho. A mí me latía tan fuerte que podía escuchármelo sin esfuerzo. Si Adolfo nos sorprendía...

Cuando nos disponíamos a salir, la puerta de la casa se abrió y un relámpago de miedo helado paralizó nuestros cuerpos. Pensamos que todo se había acabado, pero por fortuna era mi madre quien apareció en el portal.

—¿Qué haces aquí, mamá? —le preguntó mi hermana.

—Hija, he estado observando a Inés toda la semana —dijo refiriéndose a mí.

Sabía que tramaba algo, y ha ido comprobando que cada día mermaba el ajuar que se bordó desde pequeña.

—Sé que vas a marcharte —añadió— y aquí te traigo el dinero de los imprevistos... ese que fui guardando todos estos años. ¡Tómalo y adelante! Te quiero hija mía.

Todo salió como Ignacio y yo habíamos planeado. Nunca podré agradecerle bastante al que fue mi marido durante cuarenta y dos años, el apoyo y la comprensión que me brindó.

Después de aquello, como era de esperar, Adolfo llegó enfurecido a mi casa buscando a Carmen. Gritó, pataleó, golpeó las paredes y las puertas y dio puñetazos sobre la mesa, pero sinceramente ninguno sabíamos dónde estaba mi hermana.

En el pueblo se sucedieron las habladurías. Murmuraban que era una «cualquiera» que había abandonado a su marido para poder vivir a sus anchas. Escuchábamos los crueles comentarios sobre ella con profundo dolor, pero con el regocijo de que había logrado escapar de su incierta y negra vida.

Yo tuve que aplazar unos meses mi boda, pues entre mis hermanas pequeñas, mi madre y yo, hubimos de improvisar un nuevo y básico ajuar, sin tantos bordados ni adornos, pero cierta-

mente hecho de amor.

Ignacio y yo nos casamos el 4 de Agosto de 1953, cuando yo contaba veinticinco años. La única pena que enturbió mi felicidad aquel día fue no tener a mi hermana Carmen a mi lado. Tras de la boda nos fuimos a vivir a la capital, que distaba treinta kilómetros de mi pueblo. Poco tiempo después supe de mi hermana. Ella conocía mi nueva dirección y me mandó una carta sin remite citándome dos días más tarde en una cafetería cercana a mi nueva casa.

Acudí a la cita a la hora señalada y por fin pudimos besarnos y abrazarnos. Carmen parecía otra. Hasta su pelo brillaba más y sus ojos volvían a tener la chispa de antaño. Me contó que estaba en una pensión barata bajo un nombre falso, porque vivía en perpetua alerta, y que de momento había conseguido un trabajo por las tardes fregando escaleras en varios edificios.

Se había matriculado para los cursos de acceso a la universidad, así que por las mañanas asistía a clase, y por las noches estudiaba. Mal que bien iba tirando gracias al dinero que ganaba trabajando y, el que mamá y yo le dimos lo reservaba para los gastos de libros y estudios. Me prometió que algún día me devolvería todo lo que le di, pero yo le aseguré que aquello que le entregué no era otra cosa que la esperanza de ser feliz, mas la felicidad no tiene precio, por lo que me sentiría bien pagada si alguna vez ella lograba realizar sus sueños.

Hoy he acudido al funeral de mi hermana. Murió ayer, cuando había cumplido los ochenta años de edad.

Tuvo la vida que ella siempre deseó, aunque no exenta de dificultades. Consiguió acabar la carrera de medicina, y a los treinta y dos años trabajaba ya de cirujana en el Hospital Provincial. Su marido la descubrió allí y comenzó a acosarla. Por aquellos años no existía el divorcio, por lo que legalmente y ante

la Iglesia seguían estando casados. Ella tuvo que cambiar varias veces de domicilio, pero él siempre la seguía y continuaba amenazándola.

Algún tiempo después conoció a un doctor inglés que vino a España a dar unas conferencias sobre recientes descubrimientos médicos. Él era científico y experimentaba con nuevas tecnologías. Se enamoraron como quinceañeros y un año después vino a despedirse de todos nosotros, pues se marchaban a Londres a vivir juntos. Allí empezó a trabajar con él y se introdujo en el mundo de la investigación médica. A lo largo de los años logró varios premios muy prestigiosos en este campo. Nosotros leíamos las noticias en la prensa y nos sentíamos tan felices y orgullosos como jamás pudimos imaginar. Cada año venían a España a visitarnos un mes durante el verano. Se quedaban en casa de mis padres y Adolfo en aquellos días parecía desaparecer de la faz de la Tierra; ya no se atrevía a reclamarle nada, porque ella estaba ahora muy lejos de su alcance.

Tuvo dos hijos y una vida plena y feliz; luchó y consiguió lo que siempre anheló, para lo que demostró ampliamente que valía como persona y como mujer, a pesar de los arduos obstáculos que tuvo que superar por el hecho de ser mujer.

Cuando se jubiló regresó a vivir a España. Su compañero había muerto unos años antes y ella quiso volver con los suyos. Se instaló en mi ciudad y pudimos recuperar mucho del tiempo perdido por culpa de la lejanía. Mis padres ya no estaban, pero Francisca y Dolores también vivían cerca y volvimos a ser las cuatro hermanas de siempre.

Carmen era llamada muy a menudo de universidades españolas para dar conferencias y a la vez escribía artículos médicos en varios periódicos y revistas. También emprendió una cruzada personal en pro de los derechos y la igualdad de las mujeres,

las que durante tantos años nos hemos visto postergadas a un segundo plano de la sociedad, sin libertad para una vida propia y decidida por nosotras mismas. Dio charlas sobre la equiparación salarial a las empleadas de diversas fábricas, escribió artículos sobre el maltrato a la mujer, e incluso fundó una asociación de ayuda femenina.

Mi hermana se lamentó hasta su muerte de tantas desigualdades sociales que aún prevalecen en nuestros días y luchó activamente para combatirlas.

Hoy, 1 de Abril de 2009 la he acompañado hasta su tumba, y he pensado que podría escribir su historia. Tal vez con ella aliente a tantas mujeres como puedan verse actualmente, sometidas por su condición de género. Quiero animarlas a que luchen por sus derechos y mantengan viva la esperanza y el valor para decidir su destino.

Hoy también recordé el ajuar que bordé cada tarde desde que era niña, aquel ajuar que valió la libertad de una mujer.





ANGUSTIAS GUIJARRO

Juan Lorenzo Collado Gómez

Pobre Angustias. Con lo que ella ha sido siempre, un salmón remontando la corriente, y ya la ves ahora, ahí, tan quietecita. Siempre estuvo tan preocupada por su futuro, tan activa, resuelta, inteligente y guapa. Porque mira que era guapa la condenada. Era viento moreno del sur, dos bucles en su pelo negro, la piel suave y los ojos grandes, melancólicos como la luna: Era su brillo en el Guadalquivir.

No sé cómo pudo salir tan inteligente la niña con lo zoquete y bruto, como la coza de un asno, que era su padre, Curro «El Burreras». Hasta que se murió de una cogorza, mira que hizo sufrir a la madre de la niña. Las casas y escaleras que tuvo que limpiar Dolores para que pudieran comer las dos y darle estudios a la niña. Aunque con estrecheces, al menos las dos solas vivieron tranquilas, que Dios aprieta pero no ahoga.

Con tanto infortunio pasado en su niñez y adolescencia, su forma de ver el futuro no podía ser muy jaranera y ella, que podía haber sido una musa, o mejor, cantante, que buena voz tenía, o incluso modelo, o artista de éxito o cualquier otra cosa del mundo de la farándula, decidió que su vida debía asegurarle un futuro de tranquilidad, sin riesgos, bailes ni músicas de moda.

Yo he sido su única amiga, el río donde dejar los pequeños secretos y así fui conociendo de su siempre desasosegada vida. Angustias, siempre preocupada por cosas que quizá sólo en su cerebro eran importantes, temerosa por el jadeo caprichoso del destino, siempre temiendo dar un paso inadecuado que desequilibrara su futuro.

Mis recuerdos de juventud a su lado siempre están acompañados por esa zozobra que le provocaba cualquier cosa que para los demás no tenía importancia y, a su lado, un hilo de perseverante voz materna para evitar, aunque sin lograrlo, la relajación, la tranquilidad, el sosiego, que se dedicara a vivir sencillamente cada día.

Cualquier comentario que llegase a sus oídos y pudiera ocasionarle una nueva turbación, con seguridad era asimilado como una preocupación en el ser de Angustias. Así, lo que no se le ocurriese a uno se le ocurría a otro para ir incrementando esa lista de sinsabores. Pero qué le vamos a hacer, cómo era posible que en aquel cuerpo cupieran tantas inquietudes que los demás jóvenes ni siquiera éramos conscientes de su existencia.

¡Ay, Señor, vaya suerte tengo! Como un suspiro, era su exclamación más repetida. Ella progresó únicamente gracias a su esfuerzo. No tenía ningún inconveniente en poner, sin zarandajas, a cualquier hombre que se sobrepasara en su sitio. Consiguió un empleo cuando era tan difícil encontrar trabajo para las mujeres que no fuera haciendo tareas del hogar. Empezó a trabajar sin cumplir sus sueños universitarios, pues su madre tenía la salud muy precaria como para poder seguir en la brecha si ella no aportaba dinero a la casa.

Eso, que hubiera sido un handicap para las demás, para Angustias fue un revulsivo y, como no le importaba la zambra, los saraos, el hervor de la sangre, las puestas de sol y otras cosas que

pone la edad en el camino de los demás mortales, ella se dedicó a trazar con estudiada caligrafía su destino.

La empresa en la que comenzó su andadura laboral era una empresa nacional, solvente y asentada en su sector. Compaginó todas las horas del día para cumplir con su trabajo y estudiar. Alguna hora suelta que le restaba era para dormir. Parecía que no necesitara comer, descansar o, cuando menos, darle alguna alegría al cuerpo. Vivió en el mundo apartada de él para dedicarse enteramente a preparar su futuro mientras, ocasionalmente, yo era la única persona en la que descargaba mucha de su inquietud.

En cualquier caso, la felicidad de Angustias siempre estaba truncada, era un tallo verde siempre expuesto a los vientos más duros. Nunca pudo evitar que cualquier noticia de contenido desalentador, partiera de donde fuera, hiciera mella en su ánimo y le ocasionara verse como una más que probable indigente: Licenciada en pobreza con plaza segura y perpetua en esa administración.

Apenas había tenido respiro al conocer la falsedad de un bulo cuando ya estaba sufriendo por algún otro. Mención destacada tenían las chanzas, a propósito de sus inquietudes, de un tal Judas, compañero suyo de trabajo, que ya lo dice el refrán: «Si la envidia fuera tiña...». Porque Angustias, cuando había que hacer horas extras, las hacía; cuando había que sustituir a algún compañero, lo sustituía... y claro, él eso no lo soportaba. Pero ella iba siempre con la cabeza bien alta. En fin, que era la trabajadora perfecta a ojos de la directiva. Era incapaz de negarse a nada, a lo que contribuía de forma precisa su indisociable miedo a perder su puesto de trabajo.

El recorrido de su casa al trabajo, y el que le llevaba a sus compras más necesarias, era su más amplio conocimiento de la

calle. Sus otras rutas conocidas eran los caminos hechos entre las páginas de los libros. De tal manera le cogió el gusto a esas montañas de hojas impresas que las hizo una parte esencial de ese mundo suyo donde se desgranaban sus pesadumbres.

Mediaban sus estudios en la universidad cuando se introdujo en su camino, con la viveza y el cariño de un cachorrillo, Luis. Comenzó por sentarse en clase a su lado, sonreír y susurrar cosas que le pudieran interesar para que le permitiera estar junto a ella sin hacerse notar demasiado. Él fue la válvula de seguridad que permitió que la tubería no explotara. Se convirtió en un nido de alegría en el árbol, nunca exigió nada más que estar a su lado. Fue sorprendente que consiguiera que los fines de semana fueran para algo diferente a descansar estudiando o trabajar. Seguro que ella sufría en muchos de esos momentos pensando que estaba desaprovechando una oportunidad para seguir colocando la alambreada de su futuro.

Con seguridad no era la alumna que disponía de más tiempo pero seguramente fue la que más dedicó a sus estudios. La acompañé a recoger la calificación de la última asignatura que le quedaba por aprobar, aquella que, según su mejor opinión, sería producto de un examen más que mediocre y digno de la expulsión de la carrera. Le flaqueaban las piernas y, cuando vio el sobresaliente, fue necesario el auxilio del Agua del Carmen, Hierba Luisa, Melisa y otros bebedizos tranquilizantes. Esas pócimas y el cariño de Luis, tan metido en su vida como el tallo de tomillo en el monte fueron ya una constante en su vida, en su tranquilidad siempre agitada.

Fue entonces cuando se concedió un tiempo de vacaciones para contraer matrimonio y marcharse de luna de miel, aunque no pudo evitar meter en la maleta algunos libros para actualizarse en materia de finanzas internacionales durante el viaje.

Volvió para comenzar a trabajar inmediatamente en una nueva empresa con capital extranjero que parecía asegurarle la desaparición de toda incertidumbre futura. El director de personal acompañó su emoción por los pasillos hasta llegar a su despacho. Su primer despacho para ella sola. Era una nube pequeña y, a la vez, inmensa. Un reto que no podía dejar escapar. El trabajo la absorbió y se centró en él con constancia y todas las horas extraordinarias que fueran precisas. La palabra despido, conductora de la indigencia, parecía no existir ya en el idioma español, ni tan siquiera traducida a otros idiomas. Pero la mejor manera de aferrarse a su puesto era la eficiencia y, así, su tiempo libre, para satisfacción de sus superiores, era siempre para dedicarlo al trabajo. Asumía tareas de más categoría laboral de la que le correspondía, trabajos de otros departamentos, sin importar el horario de salida ni de entrada aunque no cobrase las horas, siempre ansiando conocer las funciones de cualquier puesto de trabajo. Como no podía ser de otra manera, las miradas de sus superiores e inferiores se fijaron en ella, para elogios, confianzas, cautelas, envidias y miradas de desdén.

Pero el refranero es sabio: «No hay mal que cien años dure». El problema fue que lo que no duró fue el bien y el cambio llegó con la palabra fusión y, en conexión con ella, la reorganización de personal que llevaba aparejado, para muchos, el despido.

Por si todo ello fuera poco, en esos momentos Angustias estaba embarazada. Creo que ese problema fue taxativo para que no volviera a tener niños. Mujer y embarazada, ecuación con incógnita vulnerable de resultado igual a despido.

En esos días de incertidumbre la vi desmejorada, su vitalidad rota por la más ligera corriente de aire. Sus sueños terminaban siempre con un dedo que le indicaba que había sido la seleccionada, sin lugar a dudas, para abandonar la empresa.

Tuvo suerte, ya corrían otros tiempos y aunque no se ha conseguido plenamente la igualdad, las mujeres, por el mero hecho de serlo, no fueron puestas de patitas en la calle. Así, después del periodo legal por maternidad, que Angustias no fue capaz de disfrutar por completo, regresó a su despachito para encontrarse con una fusión en plena realización y descubrió nuevas caras en los distintos despachos. Personas de pelo claro, altos, con acentos lejanos al castellano, que nunca hablaban entre ellos, y con una nueva decoración donde el azul del cielo se llenaba de estrellas cruzadas por bandas blancas y rojas.

Qué otra cosa podía hacer la pobre Angustias sino estudiar inglés para que la siguiente, y según ella inminente, reestructuración de personal no la hiciera aparecer en las listas de elegidos para buscar otro empleo. Para ella era necesario aprender el idioma, pero además con título que demostrase de forma fehaciente su dominio en la materia.

Creo que hasta debía dormir en la casa de aquella profesora de idiomas que, con seguridad, debió de poner velas a varios santos para que Angustias aprendiese rápido a hablar con suficiente soltura y la dejara descansar. En poco tiempo, la constancia obliga, su inglés fue fluido y su título flamante. La perfecta trabajadora que siempre tiene tiempo para cualquier tarea que surge repentina y para la que todos tenían excusa excepto ella a costa de reducir su tiempo familiar hasta dejarlo casi inexistente.

Pero lo que puede deparar un día es siempre una incógnita. Unos días no hay nada destacable y otros, una simple noticia puede repercutir como el golpe de un martillo pilón, y así, una mañana, alguien que conoce una noticia, aunque no tenga mucho fundamento, y la comenta con un amigo muy flojito y ésta corre como el fuego en un pinar reseco. Al final, el susurro es una voz con eco que no para de rodar de oído en oído para zumbear en el

ánimo de los trabajadores y en especial en el de Angustias.

Yo siempre tenía cuidado de no hacer comentarios que pudieran hacer zozobrar el barquito de papel que era su tranquilidad. Quizá sólo en una ocasión fui una fuente de sus preocupaciones.

—He suscrito un plan de jubilación —dije por hablar de algo.

Me miró como quien recuerda algo muy importante que ha olvidado y que puede ocasionar que el suelo se hunda bajo sus pies. Podría asegurar que sus pensamientos sobre ello apenas le permitieron prestar atención a cualquier otro tema de conversación. Luis me habló unos días después acerca de sus esfuerzos por obtener información sobre el tema en cuestión, para determinar dónde suscribir su adhesión a un plan. Pudo ser la decisión de diversificar el riesgo, aunque yo más bien consideraría la posibilidad de la desconfianza, lo que le hizo suscribir tres planes en entidades diferentes por esa duda de que nunca se sabe cuál de las promotoras puede tener un revés e ir a la quiebra.

La intranquilidad sobrevoló su vida cuando se supo de la OPA a la empresa por un importante grupo alemán y ello originaría la reducción de personal al existir duplicidad de servicios en la mayoría de las agencias. Por supuesto, estaba incluido el personal de dirección, especialmente los desconocedores del idioma alemán, que eran la práctica totalidad. Cuando recibió el recado de presentarse en el despacho del jefe de personal de la central, las sales, el aire con unos informes, abrir ventanas, rociar agua en el rostro, algún golpecito en la mejilla y otras técnicas caseras no hicieron el efecto deseado y no hubo forma de que volviera a la consciencia hasta un buen rato después de recibir la citación.

Ella, mujer temerosa pero combativa, no iba a dejar que algo como eso pudiera dejarla fuera de juego, como le iba a ocurrir a su interlocutor, al que no le importaba mucho porque se iba

con cincuenta años y el sueldo completo para los restos sin tener que dar ni clavo, caso éste excepcional, claro.

Desde el abatimiento de su despacho, Angustias no podía dar crédito a que aquella bendita empresa en la que se dejaba cada día el pellejo y que funcionaba a la perfección dando pingües beneficios fuera vendida por los accionistas, pero todo, al parecer, tiene precio. Su desaliento primero dio lugar a la búsqueda de un profesor particular de alemán que esa misma noche inició las clases de forma intensiva, día a día hasta que aquellos ruidos incomprensibles, y que sólo parecían un montón de sonidos desagradables, comenzaron a tener sentido. Decidió estar preparada para cuando los planes empresariales se hubieran concluido y dedicó a ello todo su esfuerzo hasta que la compra de acciones se cumplió para controlar la empresa.

Cómo podía aquel entrevistador esperar que aquella mujer en unos días hubiera conseguido chapurrar su idioma. Cuando regresó, como directora de área, tenía claro que era prioritaria la obligación laboral sobre la familiar, sobre la que habría tiempo de retornar, para continuar esa perfección laboral que le aseguraría el futuro. Eso era lo importante y más desde que Luis estaba desempleado y cuidaba de su hija y de cualquier necesidad del hogar al cual ella no podía ni tan siquiera ir a dormir muchos días.

Luis, sin obstáculos de macho, pamplinas ni prejuicios, hacía la compra, limpiaba la casa, hacía la colada y la comida, cosía, departía con las vecinas e incluso hacía punto y calceta. A esas alturas, en mis visitas a casa de mi amiga, tomaba café más veces con él que con ella, que siempre estaba ausente. Por supuesto la casa estaba más del gusto de Luis y de su hija —yo también aportaba mi granito de arena— que de ella. Fueron muchos días llegando a su casa cuando la familia ya dormía, muchos

viajes de negocios, muchos fines de semana sin estar a su lado y ellos tuvieron que aprender a vivir con su efímera presencia. A no esperar despiertos a que volviera a casa.

Hasta ese momento, a pesar de haber existido pequeños escauceos que no habían pasado de escuchar algún comentario soez y alguna proposición más o menos solapada, nunca había tenido ningún problema con respecto a ninguna proposición. Debió de ser la madurez de su belleza lo que hizo creer a su jefe directo que lo que necesitaba aquella mujer era algún escauceo amoroso y así llevó a cabo un abierto acoso sobre ella con el convencimiento de triunfar en sus aspiraciones. No hubo ni un solo instante de tregua a una proposición que quiso convertirse en acoso aprovechando los consabidos temores de Angustias, y quizá ésa fue la única vez en la que no pensó en las consecuencias que podrían repercutir negativamente en su puesto de trabajo para poner los hechos en conocimiento del juzgado cuyo magistrado resolvió en su favor. Como después hizo la empresa trasladando a aquel empleado a otro puesto de trabajo a ejercer de portero, donde se le quitaran las ganas de aprovechar el poder de su cargo con empleadas de inferior categoría.

Sorprendentemente, y a pesar de que apenas quedaba alguna hora libre al día, aceptó una oferta para impartir clases en horario nocturno. ¿Qué mejor idea? Además de dar prestigio a su currículum, si perdía un empleo conservaría el otro. Con ese pensamiento entró el pluriempleo en su vida y desapareció un poco más del tiempo libre que ya apenas poseía. Pero en su mente no cabía otra cosa que no fuera asegurar ese futuro que desde mi punto de vista era mucho peor que no saber nada de él. Así se dirigió, sin duda, como una corriente de viento entre dos puertas, hacia su nuevo trabajo que daba un respiro a su siempre vigente desazón.

En alguna ocasión en la que pude hablar con ella me dijo que, bien organizada, podía con todo. Desde mi perspectiva, con todo menos con una relación adecuada con su familia. Aunque lo hacía todo por ellos, por esa preocupación infinita que la inundaba, por la búsqueda de un futuro que arruinaba el presente.

Todavía no sé cómo podía hacer su trabajo de dirección, impartía las clases, seguía perfeccionando el habla de idiomas, que cada vez le exigía más su trabajo, los viajes de negocios y muchas reuniones, almuerzos y cenas con clientes... Se veía obligada continuamente a cambiar con compañeros los horarios de clase para atenderlo todo, viéndose forzada a trabajar incluso los domingos. Las vacaciones..., hacía tiempo que había renunciado a ellas. Era difícil conseguir tan sólo algunos minutos para tomar un sencillo café y charlar un rato con ella, tanto para mí como para Luis o su hija. Pero Angustias seguía convencida de que pronto tendría suficiente tiempo libre para otras actividades y en especial para dedicarlo a su familia.

Tanto tiempo esforzándose para que, finalmente, el jefe de personal la llamara a su despacho. El camino hasta ese negociado donde a ella sólo la llamaban para darle noticias inquietantes fue un calvario. Tras la mesa esperaba aquel hombre que apenas hablaba español pero que tenía esa sonrisa tan necesaria para dar ciertas nuevas que no parecen tan tristes, aun siéndolo.

Se sentó a la espera de las noticias que le debían dar y que la habían llevado hasta allí. Había elucubrado el tema mientras llegaba: fusión, reducción de personal, traslado obligatorio, cierre de instalaciones, un negocio mal llevado que podía haber ocasionado pérdidas millonarias, o, simplemente, el despido por necesidad de rejuvenecer el personal.

Continuaba mirándole a los ojos, aunque su pensamiento vagaba lejos de allí, cuando escuchó su voz:

—Angustias, ¿has pensado en jubilarte?

El silencio acompañó las palabras y la espera de respuesta.

—¿Jubilarme? —atinó a balbucir.

—Mañana es tu cumpleaños.

Jubilarse, la palabra resonaba en su interior como un eco infinito. Tanto preparar el momento y había llegado sin darse cuenta. Fue una losa sobre su ánimo. Siempre había tenido recursos inmediatos para seguir adelante, para encontrar la salida a un problema y, en ese momento, tan esperado, con tantas cosas que había soñado que tendría que hacer, no encontraba nada pendiente. Salió de la empresa, sonámbula, sin comentarlo con nadie y comenzó a caminar sin rumbo fijo por las calles que tantas veces había transitado dándose cuenta de que las desconocía, de que sus manos no eran las mismas, ni la fuerza de sus pisadas, que era ella quien en ese momento paseaba por una ciudad desconocida sin tener que apresurarse para llegar al trabajo, sin tener nada que hacer por primera vez desde que recordaba. Era una víctima más del tiempo que creía haber dejado atrás y que, sin embargo, no la había olvidado.

¡Qué le vamos a hacer! Apenas hace dos meses de su jubilación. No se recuperó de esa inactividad que sobrevino con su retiro ni aceptó la idea de que pertenecía a la llamada tercera edad, donde tanto hay por hacer. Estoy segura de que se puso delante del autobús voluntariamente.

Luis sigue a mi lado, como habíamos hecho durante tanto tiempo, sin hacerle daño ni que supiera de nuestra relación, pero ella nunca estuvo en casa y realmente fui yo la mujer de Luis muchas más veces que Angustias y cuidé de su hija como si fuera la mía. Era una buena amiga que nos ha dejado una auténtica fortuna para disfrutar nuestra vejez.



ÍNDICE

Presentación	7
Prólogo	11
El palíndromo	15
¿No por ser mujer?	31
Angustias Guijarro	53

